JULIÁN MEZA Y OTROS BICHOS

*Alonso Lujambio**

Hace 27 años, siendo alumno del ITAM, leí por primera vez a Julián Meza. Fue un ensayo publicado en 1984, en el núm. 1 de la revista *Estudios*, titulado “La República de las pasiones”. En él, Meza afirmaba que era la literatura, y sólo la literatura, la que podía aproximarse, pero sólo aproximarse, a responder la pregunta clave sobre la naturaleza de la política. Se habían aproximado ahí, con exquisito refinamiento, Kafka, Sciascia, Kundera y –por encima de todos– Shakespeare. ¿Por qué se quiere el poder?, se preguntaba Meza. ¿Cómo compiten delirio y razón en la realización de una voluntad de poder? “Nadie puede responder a esa pregunta”, dice Meza. Sin embargo, afirmaba en 1984, ha sido Shakespeare en *Macbeth* quien nos ha develado los extremos del entrecruzamiento de razón y delirio que se dan la mano y se repelen alternativamente. La droga del poder, el poder insaciable que quiere más y más, “sin arreglo a una lógica –dice Julián Meza– a un principio de realidad, a una razón soberana”. Presa de sus demonios, *Macbeth* se arrojó al remolino:

... ese fondo misterioso de donde emergen las pasiones que catapultan a los hombres hacia la experiencia de lo desconocido y dan lugar a una tensión en la que la voluntad que se yergue como racionalidad se vuelve contra ésta.

* Secretario de Educación Pública.

ALONSO LUJAMBIO

Para nuestro autor, Shakespeare no explicó lo que no tiene explicación; si bien no logró poner al descubierto la genealogía de la voluntad de poder en la “República de las pasiones”, nos acercó como nadie, desde la “República de las letras”, a lo que algunos autores llaman, dice Meza, “el alma humana”. Y así concluía su ensayo:

Como la literatura, el poder es un misterio que no se aclara mediante explicaciones [...] Quizá no sea muy aventurado afirmar que, frente al poder, en *Macbeth* se dan cita la República de las letras y la República de las pasiones, y que el encuentro no es conocimiento, sino permanencia del misterio.

Pero el misterio no es el mismo antes y después de *Macbeth*, que logra producir no un conocimiento pero sí una *emoción estética* —eso que busca Meza— al desnudarnos los misterios, sí, indescifrables, del alma humana.

Desde este mirador leo la obra de Julián Meza y uno de sus libros más importantes: *Ángeles, demonios y otros bichos* (2003, México, Sexto Piso). La ácida crítica literaria de Julián Meza no es una argumentación ni una explicación, sino la expresión, despiadada siempre, de una *indignación* ante una literatura que ya no quiere sospechar la verdad, sino vender libros “fácil, muchos y pronto”. Para Meza, el mercado ha fomentado “la vulgaridad de esos modernos imbéciles”, el “populacho antiliterario tan cargado de medallas”, los autorcillos de “novelas playeras”, escritores de “prosas sin prosa”, “poetas que nacieron escupiendo versos”. El mercado, amo y señor, sólo ha logrado “fabricar estúpidos”, “faltos de imaginación”, que o “eructan, o se echan pedos, o se cagan”, totalmente ajenos a “cualquier refinamiento literario”. La indignación de Meza es directamente proporcional al tamaño de su *aburrimiento*. La masa de literatura actual no le produce emoción estética alguna. La emoción del encuentro con la belleza es la excepción; la regla, por el contrario, es la estupidez, el calificativo que más aparece en toda la obra de Julián Meza. En Meza, la descarga industrial de bilis, el hartazgo, mueve a la reflexión, pero primero que nada a la hilaridad. “¿Estamos fritos o estamos crudos?”, se pregunta Meza en uno de sus ensayos.

“¿Exagero?”, vuelve a preguntarse. Y se contesta “Espero exagerar”. Y claro: la indignación de Meza no está para argumentos. Con su veneno, Meza no nos quiere hacer pensar, sino en primer lugar hacernos despertar de un letargo. Todo lo demás le importa un bledo. En su pedagogía crítica, Meza no se inclina por la moderación del juicio ponderado, sino por el reparto de zapes. Sus protagonistas son, efectivamente, o *ángeles* o *demonios*. Pese a que de nuestro autor se apodera a veces cierta retórica fácil, todo el que esté aburrido debe leer a Julián Meza, y gozar con su lucha contra el aburrimiento: Jaime Sabines no fue más que un priísta que hacía una “poesía populachera” y aburrida; para él, Carlos Fuentes es Charles Fontaine, autor de *La perra nostra*, proveedora de infinito aburrimiento; Elena Poniatowka saquea a los ingenuos en aburridas entrevistas; Saramago es un “falso escritor”, un aburrido “Zar-amargo”; a Jorge Volpi “la ficción no se le da, aunque se le den los premios”. Dice Julián:

La impostura no conoce límites. Hoy cualquier politiquillo, animador de televisión, futbolista, actorzuelo, puta de lujo o ágrafo escritor que atina a enhebrar media docena de monosílabos es, para los informadores culturales (que también venden salchichas), un magnífico escritor, una maravilla literaria, un prosista extraordinario, un genio de las letras.

Para Meza, el arranque del siglo XXI es “un triste páramo en donde prevalece la frialdad”. El “gélido amanecer” del nuevo siglo sólo nos ofrece “dos pollos crudos, un culo de plástico, un refresco de cola y una insípida hoja de lechuga”. Pero no todo es un llano en llamas. Hay un puñado de autores y obras que llevan a Julián Meza a la conclusión de que “no se debe asesinar la esperanza”. Ahí están Goytisolo, Paz, Rezzori, Márai, o Apollinaire, “el perverso que escribió estupendas cochinadas con pseudónimo”. “No hay peor enemigo de un escritor que la fama –dice Meza– vinculada sobre todo con las comunicaciones de un mundo que mientras más global es, más se vuelve aldeano.” Juan Goytisolo, ejemplifica Meza, vive lejos de los reflectores, que no le interesan. “Es un escritor –dice Meza– no una puta.” Pero es Borges, sin duda, “la figura solitaria que destaca en este nebuloso panorama porque hizo

ALONSO LUJAMBIO

añicos —dice Meza— el perfil del escritor del siglo XX”, cuyos escritos “han producido efectos superiores a los de una tonelada de dinamita en prosa y en verso”, al captar “esa multiplicidad brutal y compleja que somos”, sin “petulancia”, sin Premio Nobel: Borges “se descubrió reconocido cuando menos se lo esperaba”. Borges es, con mucho, el más mencionado en el libro, el autor más admirado por Meza, “el más grande creador de ficciones”, “último de los últimos y de esta manera tal vez el primero”, nos dice. Con todo, es a Mircea Eliade a quien Meza dedica las más bellas, y breves, páginas en su análisis de la interesante polémica que produjeron dos novelas: una del propio Eliade, escrita en 1932, en donde narra su historia de amor adolescente con la joven Maitreyi, y otra, la respuesta que Maitreyi publicó 34 años después, en 1976, titulada *Mircea*.

Por su lado, la crítica política de Meza no es una ponderación de elementos intervinientes, sino el señalamiento mordaz, implacable, del desatino de la ambición babosa, de la adulación lacayuna, del oportunismo sin fronteras en el “Valle de la Mezquindad”, en el que el político “tranquilamente puede ser amigo de su exenemigo y enemigo de su examigo y pasar del PRI al PRD, del PRD al PAN y del PAN al PRI”. Así, el PAN se convierte en el “Partido de Agitación Nacional”, el PRI en el “Partido Readaptado para ser Instrumental”, y el PRD en “Partido de la Resolución Demacrada”. La obra de Julián Meza es una radiografía de su hígado irritado, una y otra vez, frente a la vulgaridad y la banalidad del político estúpido, más peligroso que “el cáncer o el sida”. Estamos ante el delirio cada vez más idiota de la “República de las pasiones”. La mezcla de imbecilidad y parroquialismo es lo que más le enferma. La imbecilidad, por ejemplo, de George Bush, tiene alcances planetarios, pero “es doméstica” —dice Meza— pues, bien visto, Bush no es sino un “ranchero”. Aquí no aparece la “esperanza literaria”, pues “un idiota nunca dejará de ser un idiota”. “En el mejor de los casos —dice Meza— un idiota sólo tiene la posibilidad de incrementar su idiocia.” En el mezzano mar de políticos destaca, entre otros, “el apollillado Karol Wojtyla, que quiere emular a sus peores predecesores cuando pretende anular la sexualidad de jóvenes a los que quiere vírgenes cuando cumplan ochenta años”, que quiere decirnos qué es lo “sexualmente correcto”, que ignora

que “el imaginario sexual es inevitable —dice nuestro autor— aun cuando piensen lo contrario los androides del Opus Night”, que lo mismo beatifica a Pío IX “el antisemita” o a Escrivá “el capellán de Franco, el enano criminal”.

También destacan Kissinger, otro criminal premiado por haber acabado con guerras que él mismo inició (¿Por qué no le dieron el Nobel a Pol Pot?, se pregunta Meza) y el presidente español Aznar, “que es una de las irregulares maneras del verbo rebuznar”. Meza pega por la izquierda, pega por la derecha. La política para Julián Meza es peor que un teatro guiñol, en donde ningún títere conserva la cabeza: sus personajes más bien se parecen a los juguetes del niño malo de Toy Story. Ciertamente, no está ni el Niño Verde (Verde que te quiero, niño), ni Bejarano (Béjar, que te quiero... Béjar), pero no hacen falta. En una de sus ficciones, todos los niños de la Escuela Activa Fray Bartolomé de las Casas se llaman Marcos (Marcos 1, Marcos 2...), y todas las niñas son La Compañera Sentimental (La Compañera Sentimental 1, La Compañera Sentimental 2...). Todos los Marcos, todas la Compañeras Sentimentales, gritan, cohesionados, “el pueblo, unido, etcétera”. Son todos títeres de su imbecilidad. En la mejor ficción política de Meza, un presidente odia la cultura. El texto fue escrito en Barcelona. Queda a flor de piel la influencia catalana en la vida de Meza. Ya se sabe: muchas palabras catalanas terminan en t: no sé, por ejemplo, fotut (jodido), malgrat tot (a pesar de todo), semblat (parecido), acudit (agudeza). Y también están los apellidos (Cugat, Salvat, Ribot). En Barcelona, Meza decide que su presidente se apellide... Trot. No es Fox, obviamente. Es Trot. ¿Cuál es el nombre de pila del presidente Trot? Meza escoge, accidentalmente, el nombre de Vicenç, que es Vicente en cáatala. Tenemos pues al presidente Vicenç Trot que afirma con prestancia: “al carajo la educación: nacieron tontos y tontos se quedarán toda su vida, por más que estudien las pendejitas y los pendejitos”. Es claro que Meza jamás perdonará lo de “José Luis Borgues”.

Ángeles, demonios y otros bichos incluye también la crítica meziana a otras formas de la cultura (el “cine de pacotilla”, la programación televisiva “hecha por y para imbéciles”, los mensajes que circulan por

ALONSO LUJAMBIO

internet “que —dice Julián— equivalen a millones de toneladas de mierda”). Con todo, destaca en el cajón de sastre lo que yo llamaría la impresionante “cultura del culo” en Julián Meza. En su ensayo “Las mujeres y los días”, ya en plena madurez, pero antes, creo, de la incontinencia urinaria, Julián Meza reflexiona sobre la belleza femenina en Cataluña. No afirma haber renunciado a todo. Pero sí confiesa ejercer en exclusiva “el privilegio de la vista” desde el bar Zurich. Pero primero el contexto histórico. La primera vez que fue a Barcelona, en 1974, en la víspera del atentado que costó la vida a Carrero Blanco, ¿qué había en la playa? Una minoría de extranjeras en *topless*, y una mayoría de “marmotas locales enfundadas en trajes de baño de la época del charleston”. Nada pa’ escribir a casa. 11 años después, vuelve a Barcelona, en 1985. ¿Cuál fue entonces su balance? “Cero focas —dice Meza— [...] pululaban los grandes culos y los grandes tetámenes. Grandes en relación con lo extraordinario. Desde entonces he vuelto a Barcelona periódicamente”. Viene después la faceta más analítica de Meza, la ordenada clasificación de los elementos, la justipreciación de las partes, el juicio ponderado: los pantalones casi transparentes, las mini-mini-faldas, las camisetas ajustadas, los pezones que se yerguen como moluscos frescos, los escotes desbordantes, los hombros atractivos, la procesión de los ombligos. “Pero volvamos a los culos”, dice Meza: el caminar cadencioso, el bamboleo de las carnes firmes, la exquisita discreción del calzoncillo. Pero de repente la vuelta a la implacable realidad, el gozo que se va al pozo. Dice Meza:

Las extranjeras que desfilan por ahí son obvias. En particular las africanas de enormes culos y las japonesas que van de culete. Las mexicanas también: no llevan culo.

Todo esto me recuerda una anécdota (y termino ya). Yo nunca fui alumno de Meza, ni siquiera lo conocía de vista, pero se hablaba mucho de él. Alguna vez, en la cafetería del ITAM, en los ochenta, alguien que no lo admiraba dijo: “Ese caón está llllloco caón”. “Es un bicho raro”, dijo otra, con su peinado Farrah Fawcett. Entonces alguien dijo atrás: “Pero cuando habla te seduce. Ve su sonrisa: es un divino”. Todos volteamos (no te emociones Julián): era el *Panchis* Pasalagua, un fósil de Derecho.

Concluyo diciendo que el Instituto Tecnológico Autónomo de México debiera hacerle un homenaje a Julián, pero algo que le infle el hígado de una buena vez. Un *día ITAM* para ti. Se puede armar. Primero, un desayuno con economistas. Fluye desde temprano el tequila. Acto seguido: la foto: *Retrato de familia con Julián*. Te vas poniendo mal. Al medio día, develación de placa en el salón 301. El aula *Julián Meza* te pone amarillo. A las 2:30 de la tarde, entrevista en *Radio Red* con Elenita Poniatowska, (vomitas), con llamada de Carlos Fuentes para mentarte la madre (ya te sientes mejor). A las 3, comida masiva en la cancha de basketball: copeo intenso y, en los postres, editorial Novaro distribuye tus *Obras Completas* con dibujos para colorear. Para entonces, ya estás bañado en sudor. Se te pide un *speech*. Pero sólo alcanzas a decir “ya no me jodan”. A las 5, conferencia magistral en el auditorio para celebrar los 27 años de la revista *Estudios*. Conferencista: Carlos de la Isla. Título de la Conferencia: “Cioran y Julián: una perspectiva optimista.” Ya sientes que te mueres. A las 8:30, todos ahogados de gala y de prisa para hacerte *Profesor Emérito*. Pero te mueres: le corregimos tantito al título y te hacemos *Profesor Pretérito*, en ceremonia de cuerpo presente.

No te creas Julián. Tu salud es lo primero. No seas animal y cuídate de tus males (aún se te ve un poco *photut*) para que otros podamos, en tus palabras, seguir cultivando “el arte de la amistad” que tú sí has sabido –sin “asesinar la esperanza”– preservar.